

ras casas que encontró, llamó con violencia y repetidas veces.

Una voz respondió.

La voz que señalaba las horas; la voz que dió tres campanadas en el antiguo campanario de San Nicolás.

En seguida volvió á reinar el silencio.

Es sorprendente que ni un solo habitante abriese una ventana; sin embargo, hasta cierto punto ese silencio se explica. Es necesario referir que el mes de Enero de 1690 era el día siguiente de una horrible peste que hubo en Londres, y que el temor de recibir á vagabundos enfermos producía en todas partes disminución de la hospitalidad. Temían entreabrir las ventanas para no aspirar miasmas peligrosos.

El niño encontró el frío de los hombres más terrible que el frío de la noche, porque este frío es voluntario, y se sintió más descorazonado que en medio de la soledad. Ahora que iba á participar de la vida común, estaba solo y sufría indecible angustia. Comprendía que fuese implacable el desierto, pero no podía comprender que fuese inexorable la ciudad.

Las horas que sonaron y que acababa de contar le abatieron por completo; nada hiela en ciertos casos como oír tocar las horas. Parecen la pública declaración de indiferencia de la eternidad, que dice: Qué me importa!

El niño se paró, preguntándose en aquel lamentable instante si no sería preferible acostarse en la nieve y dejarse morir; pero la pequeñuela recostó la cabeza sobre su hombro y se volvió á dormir; esta confianza inocente le hizo volver á andar: el niño, que veía que todo se derrumbaba ante él, conoció que tenía que servir de apoyo; profundo requerimiento del deber.

Ni estas ideas, ni esta situación, eran propias de su edad, y es muy probable que no las comprendiese; lo que hacia debía hacerlo por instinto.

Se dirigió á Johnstone row, pero ya no andaba, se arrastraba. Dejó á su izquierda la calle de Sainte-Mary; hizo varios zig-zags por las callejuelas, y desembocó en un espacio situado entre dos ruinas, en las que vió una extensión sin caserío. Era un terreno no edificado; probablemente sería el sitio donde está hoy la plaza de Chesterfield. Apercibió á su derecha el mar y casi nada de la ciudad á su izquierda.

Empezaba allí el campo. Al Este, grandes planos inclinados cubiertos de

nieve marcaban las anchas vertientes de Radipole. Qué iba á hacer el niño? ¿Continuar el viaje? ¿Volver á internarse en las soledades? ¿Retroceder y volver á las calles? ¿Qué silencio elegir entre el de la llanura muda y el de la ciudad sorda?

Como existe el áncora de misericordia, existe también la mirada de misericordia, y esa fué la que el pobre niño, desesperado, echó á su alrededor.

De repente oyó una amenaza.

V.

El misántropo hace de las suyas.

El niño oyó un crugido de dientes extraño y alarmante, que era suficiente para hacerle retroceder; pero, sin embargó, avanzó.

A los que consterna el silencio, les place el rugido, y el niño, en vez de asustarse, adquirió ánimo, porque esa amenaza era para él una promesa. Había cerca de él un sér vivo y despierto, quizás una bestia feroz. Se dirigió á la parte donde oyó el rugido.

Dobló la esquina de la pared, y detrás, á la reverberación sepulcral de la nieve y del mar, vió un objeto que se abrigaba allí: era una carreta ó una cabaña; tenía ruedas, debía ser un carruaje; pero también tenía techo, debía ser una habitación; del techo salía un tubo y del tubo humo; el humo era rojo, lo que parecía anunciar que había buen fuego en el interior. Por detrás del vehículo goznes salientes indicaban una puerta, y en el centro de esta puerta una abertura cuadrada dejaba pasar el resplandor de dentro.

El niño se acercó; el crugido adquirió más fuerza, y cuando aquel llegó á la choza ambulante, la amenaza era ya furiosa; no era ladrido, era aullido. Oyó un ruido seco, como el de una cadena violentamente sacudida, y aparecieron bruscamente por debajo de la puerta, en la división de las dos ruedas de detrás, dos filas de dientes agudos y blancos. Al mismo tiempo que pasaba una cola por entre las ruedas, pasó una cabeza por la ventana.

—Cállate! dijo una voz en el interior. La boca se calló.

—Hay ahí alguien? preguntó la voz.

—Sí, respondió el niño.

—Quién es?

—Yo.

—Quién eres tú y de dónde vienes?

—Estoy muerto de fatiga, dijo el muchacho.

—Qué hora es?

—Tengo frío.

—Qué haces ahí?

—Tengo hambre.

—Todo el mundo no puede ser dicho como un lord. Vete.

La cabeza se fué y la ventana se cerró.

El niño dobló la cabeza, estrechó en sus brazos á la pequeñuela dormida y reunió la fuerza que le quedaba para volver á tomar el camino. Dió algunos pasos y empezó á alejarse.

Entre tanto, mientras la ventana se cerró, se abrió la puerta y bajo de ella una estribera. La voz que acababa de hablar al niño desde el fondo de la choza gritó colérica:

—Pues bien; por qué no entras?

El niño se acercó otra vez.

—Entra, repitió la voz. ¿Quién es tan tonto que no entra teniendo hambre y frío?

El niño, atraído, pero temeroso, permanecía inmóvil.

—Te digo que entres, bribon!

Al fin se decidió y puso un pié en el primer escalon de la estribera.

Pero refunfuñaron dentro del carricoche y el niño retrocedió.

La boca volvió á aparecer abierta.

—Silencio! exclamó la voz del hombre.

La boca se cerró y entró; el refunfuño cesó también.

—Sube, repitió por tercera vez el hombre.

El niño subió penosamente los tres escalones; le pesaba la pequeñuela, que iba tan tapada y tan envuelta que no se la veía. Cuando franqueó los tres escalones y llegó al umbral de la puerta, se paró.

Ninguna vela brillaba en la choza ambulante, probablemente por economía de la miseria; el interior de aquella estaba alumbrado nada más por el resplandor rojizo que salía del respiradero del hornillo, en el que ardía fuego de turba; sobre el hornillo humeaba una escudilla y una cacerola, conteniendo comida, según las apariencias y según el buen olor que despedía. Esta habitación estaba amueblada con un cofre, con un banquillo de madera y con una linterna apagada y colgada en el techo; en los tabiques había algunas tablas fijas con listoncillos, en las que estaban colocadas muchas cosas mezcladas. En los clavos que salían de las tablas había pendientes objetos de vidrio y de cobre, un alam-

brique, un recipiente y una confusión de cosas extrañas, que el niño desconocía y que constituían la batería de cocina de un químico. La choza era de figura oblonga; no llegaba á ser un cuarto pequeño: era una caja grande; su exterior estaba más claro á causa de la nieve, que su interior alumbrado por el hornillo; allí todo se veía indistinto y confuso, y sin embargo, el reflejo del fuego sobre el techo permitía leer allí esta inscripción, escrita con gruesos caracteres: *Ursus, filósofo*.

El niño acababa de entrar, en efecto, en casa de Homo y de Ursus; acabamos de oír aullar al uno y hablar al otro.

Al llegar el niño al dintel de la puerta, vió cerca del hornillo á un hombre largo y flaco, vestido de color gris, que estaba de pié, y cuyo cráneo calvo tocaba en el techo; este hombre no hubiera podido levantar la cabeza; la choza no tenía más que su altura.

—Entra, dijo Ursus.

El niño entró.

—Deja ahí el paquete.

El muchacho lo dejó cuidadosamente encima del cofre, temiendo despertar y asustar á la criatura.

El hombre continuó hablando:

—¡No lo dejarías con más cuidado si fuese un relicario! ¿Tienes miedo de que se estropeen tus andrajos? Ah, pícaro! ¡A estas horas por las calles! ¿Quién eres? Respóndeme. Pero no, no me respondas. Acudamos primero á lo más urgente; ya que tienes frío, caliéntate.

Cogióle por los dos hombros y lo colocó delante del hornillo.

—Estás todo mojado! Estás helado!...

Vaya un modo de entrar en las casas!... Vamos, quitate esos harapos podridos!

Con una mano bruscamente le arrancó los andrajos, que se rompieron y se deshilaron, y con la otra descolgó de un clavo una camisa de hombre y una chaqueta de tricot.

—Vamos, aquí tienes ropa.

Buscó en un monton un pedazo de tela de lana y frotó con ella, cerca del fuego, los miembros del niño asombrado y desfallecido, que al verse desnudo y caliente creyó ver y tocar el cielo. Le frotó todo el cuerpo hasta los piés.

—Vamos, granuja, no tienes ningun miembro helado; he sido bastante estúpido para creer que lo tenías. ¡No te quedarás baldado por esta vez! Vístete.

El niño se puso la camisa y el hombre le colocó encima la chaqueta de tricot.

—Ahora...

El hombre, esto diciendo, acercó el banquillo con el pié e hizo sentar en él al niño, indicándole despues con el índice la escudilla que humeaba sobre el hornillo. Lo que el niño vió dentro de ella era una patata y tocino.

—Pues tienes hambre, come.

El hombre tomó de una de las tablas un pedazo de pan duro y un tenedor de hierro y se los dió al muchacho; éste no se atrevía á tomarlos.

—¿Es que quieres que te ponga el cubierto?

Esto diciendo, el hombre colocó la escudilla sobre las rodillas del niño.

—Cómete eso.

El hambre pudo más en el muchacho que su atolondramiento y empezó á comer. El pobrecillo, en vez de comer, devoraba; el ruido del pan seco mascado llenaba la choza. El hombre gruñía.

—No comas tan de prisa! ¡Es gloton este pillete!... ¡Dá náuseas ver comer á estos canallas cuando tienen hambre!... Dá gusto ver cómo cena un lord. Yo he visto comer á dos duques y, ¡esto es comer con nobleza!... ¡Vamos, granuja, hártate!

La ausencia de oídos, que caracteriza al vientre hambriento, hacia insensible al niño á la violencia de los epítetos de Ursus, atemperada por otra parte por la caridad de sus acciones, contrasentido favorable al muchacho, que en aquel momento le absorbían dos urgencias, dos éxtasis, el de calentarse y el de comer.

Ursus proseguía entre tanto, entre carne y cuero, su imprecación á la sordina.

—Yo ví al rey Jacobo cenar en persona en el Banqueting-House, y su majestad apenas probaba bocado. ¡Qué idea tuve de venir á este maldito Weymouth! ¡sitio siete veces consagrado á los dioses infernales! Desde esta mañana nada he vendido: dirigí la palabra á la nieve y toqué la flauta al huracán; no he recogido ni la moneda más insignificante, y por la noche tengo que socorrer á pobres. Terrible encuentro! Sostengo lucha, batalla y concurso con los transeuntes imbéciles; ellos procuran pagarme con liards, y yo trato de no darles más que drogas. Pues hoy nada, cero; ni encontré un idiota en las callejuelas ni un penny en mi caja. ¡Come, tunante del infierno! ¡Engorda á mis expensas, parásito! Este niño no está hambriento, está rabioso; eso ya no es apetito, eso es ferocidad. Quizás se vea obligado á comer más de lo que necesi-

ta por un virus rábico. Quién sabe! Quizás tenga la peste. ¿Tienes la peste, granuja? Si contagiase á Homo!... No, no quiero; que reviente el pueblo, pero que mi lobo viva... ¡Ah, también yo tengo hambre! Declaro que este incidente es desagradable. Trabajé hoy hasta muy entrada la noche. Hay ocasiones en que tenemos prisa, y yo la tuve esta noche de comer. Estaba solo, encendí el fuego: solo tenía una patata, un pedazo de pan, otro de tocino, un poco de leche, y lo puse todo á calentar, diciendo:—Bien, con esto me basta; me imagino que voy á comer, y... pataplum! me cae en la choza este cocodrilo, que se instala cómodamente entre el alimento y yo, devastando mi refectorio. Come, tiburón, come. ¿Cuántas filas de dientes tienes en la boca, lobezno?... No, no; retiro la palabra por respeto á los lobos. He trabajado todo el día con el estómago vacío, y la recompensa que recibo esta noche es ver comer á otro. Pero es igual, lo partiremos entre los dos; el se tomará el tocino, la patata y el pan, y yo me beberé la leche.

En este momento se oyó en la choza un grito lastimero y prolongado. El hombre se puso á escuchar.

—Ahora gritas, sicofanta! ¿por qué gritas?

El niño se volvió. Era evidente que él no gritaba; tenía la boca llena.

Ursus se dirigió al cofre.

—Pues es el paquete que vocea! Esto es el valle de Josafat. El paquete vocifera; qué tienes en él que grazna?

Ursus lo deslió y vió aparecer la cabeza de una criatura, con la boca abierta y gritando.

—Quién está ahí? Esto qué es? Otro aparecido. Esto no vá á concluir nunca? Quién vive? ¿Qué es lo que traes aquí, bandido? No ves que tiene sed? Es preciso que beba. Bien está, me privaré de la leche.

Tomó de una de las tablas un rollo de lienzo para hacer vendajes, una esponja y una redoma, y lanzó el siguiente apóstrofe:

—Maldito país!

Despues contempló á la criatura.

—Es una niña, dijo; esto se conoce en el modo de gemir, y está tan remojada como el niño.

La arrancó también los andrajos, que más la mojaban que la cubrían, y la envolvió en un pedazo de tela pobre, pero seca y limpia; esta rápida y brusca transición exasperó á la niña.

—Maulla como una desesperada, dijo Ursus.

Cortó con los dientes un trozo largo de esponja, desenvolvió del rollo un largo pedazo de lienzo, sacó de él una hebra de hilo, tomó del hornillo la leche, que puso en la redoma; medio introdujo la esponja en el cuello del frasco, cubrió la esponja con el lienzo, ató el tapon con el hilo, aplicóse la redoma contra la mejilla para cerciorarse de que no estaba demasiado caliente, y cogió con el brazo izquierdo á la criatura, que continuaba llorando.

—Vamos, calla, que vas á cenar; toma la teta.

Diciendo eso le puso en la boca el cuello de la redoma. La pequeñuela bebió con avidez; él le sostuvo la redoma de manera que pudiese beber con comodidad.

—Lo mismo son todos; cuando se les dá lo que quieren, callan.

Bebió la niña con tanta energía y se había cogido con tal fuerza al pezon del seno que le ofrecía aquella providencia grosera, que le dió un golpe de tos.

—Te vas á ahogar! murmuró Ursus; qué tragona eres!...

Le retiró la esponja que ella chupaba para que se le calmase la tos, y le puso la redoma sola en los labios, diciendo:

—Toma teta ahora.

El niño había soltado el tenedor: se olvidaba de comer viendo cómo bebía la pequeñuela. Momentos antes, cuando comía, brillaba la satisfacción en sus miradas; pero ahora brillaba la gratitud, porque veía que revivía la niña; al ver que se completaba la resurrección que él empezó, se llenaba su pupila de reverberación inefable. Ursus continuaba entre dientes rumiando palabras coléricas. El niño, á cada instante, miraba á Ursus con los ojos húmedos por la emoción indefinible que sentía, sin poder expresarla.

Ursus le dijo:

—Vamos, qué no comes?

—Y vos?... le preguntó el niño temblando. Vos no teneis que comer?

—Cómete todo; habiendo poco para tí, no puede haber bastante para mí.

El niño volvió á coger el tenedor, pero no comía.

—Come, vociferó Ursus. Ahora no se trata de mí. Te digo, granuja, que te lo comas todo. Has venido aquí á comer, á beber y á dormir. Si no comes, os echo por la puerta á la calle á la niña y á tí.

Al oír esta amenaza volvió á comer

el niño, aunque era ya poco lo que quedaba en la escudilla.

—Junta mal este edificio y entra frío por los vidrios, murmuró Ursus.

En efecto, había en su parte delantera un vidrio roto por causa de algun vaivén del carricoche ó por otro cualquier motivo. Ursus aplicó á esta avería una estrellita de papel, que se había despegado y el viento se introducía por allí.

Estaba sentado en el cofre; tenía á la pequeñuela entre las rodillas y los brazos, y ésta chupaba voluptuosamente el cuello de la redoma con la dichosa soñolencia de los querubines ante Dios y de los niños ante la teta.

—La criatura está ya gris, exclamó Ursus, y añadió despues: ¡Predicad sermones en pró de la temperancia!...

El viento arrancó del vidrio el emplasto de papel, que voló dentro de la choza; pero esto no inmutó á los niños, que estaban ocupados en revivir.

Mientras ella bebía y él comía, Ursus maldecía de todo.

—La embriaguez arranca desde los pañales. Es inútil que os empeñeis en ser como el obispo de Tillotson y en tronar contra los excesos de la bebida.—¡Maldito viento colado! Además del viento, el hornillo es viejo y deja escapar bocanadas de humo capaces de asfixiar á cualquiera. Aquí se tiene el inconveniente del frío y el inconveniente del fuego. Aquí no se vé claro. El sér que está aquí conmigo abusa de mi hospitalidad, y yo aun no he podido distinguir la fisonomía de ese granuja. Por Júpiter, que me seducen los ricos festines en cámaras bien cerradas. Erré mi vocación, porque yo había nacido para ser sensual. El mayor de los sábios fué Filoxenes, que deseaba tener cuello de grulla para gozar más tiempo de los placeres de la mesa.—La entrada de hoy ha sido cero; no he vendido nada durante el día. Aquí todo el mundo goza de buena salud: esta es una maldita ciudad en la que nadie está enfermo; solo el cielo tiene diarrea, y ¡cuánta nieve! ¡Qué horrible tempestad! No puedo olvidar los desastres que habrá causado á los que se encontraban en el mar, porque en él se hallará á estas horas muchísima gente. Amigos míos, salid de él como podais, que yo bastante tengo que luchar para sostener también mi vida. ¿Acaso tengo yo albergue? ¿Cómo es, pues, que recibo en él viajeros? La desventura universal salpica hasta mi pobreza, caen hasta mi choza gotas sucias del barro

humano. Estoy entregado á la voracidad de los transeuntes, soy su presa, la presa de los muertos de hambre. Disfruto del invierno, de la noche, de una cabaña de carton, de un amigo desgraciado, de una tempestad, de una patata, de fuego insignificante, de parásitos, del viento que penetra por todas las hendiduras, de no tener dinero y de paquetes que ladrán; los abro y me encuentro con criaturas indigentes que lloran. ¡Envidiable suerte es la mia! Además, hay que añadir que violo las leyes: soy un vagabundo que circulo por las calles despues del toque de *cubrefuego*. Si nuestro buen rey lo supiese, me castigaria para que escarmentase. Hay reglamentos y ordenanzas que lo prohiben. Se castiga á los vagabundos mientras se vigila, y se protege á los hombres honrados que viven en sus propias casas; los reyes son los padres del pueblo. No estás domiciliado, y te azotarán en la plaza pública si te cogen, y harán muy bien. Se necesita que haya orden en los pueblos civilizados; debia denunciarte al condestable, pero yo soy así; conozco el bien y practico el mal.— ¡Ah, pillastre, entrar en mi choza en semejante estado! La nieve que introdujo al entrar se ha deshecho y me ha mojado toda la casa; estoy inundado; será preciso quemar un carbon, del que no puedo disponer, para secar este lago; carbon de á doce farthings, carbon muy caro. ¿Cómo nos lo hemos de arreglar para vivir tres dentro de esta caja con ruedas? Esto debe concluir: entraré en el Nursery (1) y seré el porvenir para la indigencia de Inglaterra. Tendré por empleo, oficio y funcion, devastar los fetos abortados por la miseria, perfeccionar la fealdad de los patibulos antiguos y dar á la pilleria formas filosóficas. Si me hubieran halagado esos oficios hace treinta años, ahora seria rico y Homo estaria gordo; yo tendria un gabinete de medicina lleno de curiosidades y tantos instrumentos de cirugía como el doctor Linacre, cirujano del rey Enrique VIII; animales de todas clases, momias de Egipto y otras muchas cosas más. Estaria en el colegio de los doctores y tendria el derecho de disfrutar de la biblioteca fundada en 1652 por el célebre Harvey, y de poder trabajar en la linterna de la bóveda, desde la que se descubre toda la ciudad de Londres. Podria continuar mis cálculos sobre la ofuscacion solar, y probar que sale del

(1) Sitio de asistencia para los enfermos.

astro un vapor caliginoso; esta es la opinion de Juan Kepler, que nació un año antes de la Saint-Barthelemy y que fué matemático del emperador. El sol es una chimenea que echa humo algunas veces; mi hornillo tambien; mi hornillo no vale menos que el sol. Si hubiese hecho fortuna, seria yo un personaje, porque no seria trivial y no envileceria la ciencia por las callejuelas. El pueblo es digno de poseer doctrinas, porque el pueblo se compone de una multitud de insensatos, de una mezcla confusa de todas las edades, de los sexos, de los humores y de las condiciones que los sábios de todas las épocas no han titubeado en despreciar y del que los más moderados detestan justamente la extravagancia y el furor. Me fastidia todo lo que existe; cuando llega este fastidio no se vive mucho tiempo; pero no, me equivoco; se vive aun demasiado. Por intervalos, para que no nos descorazonemos; para que tengamos la estupidez de consentir en vivir, y para que no aprovechemos las magnificas ocasiones de ahorcarnos que nos ofrecen las cuerdas y los clavos, la naturaleza parece que se interesa por el hombre. Hace crecer el trigo, madurar el racimo y cantar al ruiseñor. De vez en cuando nos dá un rayo espléndido de aurora ó una copa de ginebra, y á esto se llama felicidad; insignificante bordado del bien alrededor del inmenso sudario del mal. De nuestro destino el diablo hace el tejido y Dios hace el dobladillo; pero entre tanto, ladron, te has comido mi cena!

Mientras, la criatura que Ursus tenia aun en brazos con suavidad, al mismo tiempo que soltaba su rabioso monólogo, cerraba vagamente los ojos en señal de plenitud. Ursus examinó la redoma y murmuró:

—La descarada se lo ha bebido todo.

Se enderezó, y sosteniendo á la pequeña ñuela con el brazo izquierdo, con la mano derecha levantó la tapa del cofre y sacó una piel de oso, que él llamaba "su verdadera piel".

Ejecutando esta maniobra, oia roncar á la niña y la miraba de reojo.

—Será para mí de hoy en adelante una nueva ocupacion nutrir á este gloton que tiene que crecer; será el gusano solitario que llevaré en el vientre de mi industria.

Extendió con un solo brazo, como pudo, sobre el cofre la piel de oso, con cuidado, para no cortar el principio del sueño que se habia apoderado de la pe-

queñuela, y la depositó sobre la piel, por la parte más inmediata al fuego. Despues dejó sobre el hornillo la redoma vacía y exclamó:

—Ahora soy yo el que tengo sed.

Miró la cacerola, y solo quedaban ya en ella algunos sorbos de leche, y la acercó á los labios; pero en el momento de ir á beber miró á la niña, y volvió á poner la cacerola en el hornillo, cogió la redoma, la quitó el tapon y vació en ella la leche que quedaba, que era suficiente para llenarla; mudó la esponja y volvió á atar el lienzo sobre ésta alrededor del cuello de la redoma.

—Tengo hambre y sed, dijo, pero cuando no se puede comer ni pan, se bebe agua.

Habia detrás del hornillo un cántaro.

—Quieres beber? le preguntó al niño. El niño bebió y continuó comiendo.

Ursus volvió á tomar el cántaro y lo llevó á los labios. La temperatura del agua estaba modificada por su vecindad al hornillo. Sorbió algunos tragos, haciendo una mueca.

—Tienes pretensiones de ser agua pura y te pareces á los falsos amigos. Eres tibia por encima y fria por debajo.

Entre tanto el niño habia terminado su cena; dejó la escudilla no solo vacía, sino limpia, y recogia y comia, pensativo, algunas migajas de pan esparcidas por los pliegues de su tricot y por sus rodillas.

Ursus se volvió hácia él.

—Ahora que ya has cenado, hablemos los dos; la boca no se hizo solo para comer, sino tambien para hablar. Ahora que estás ya caliente y alimentado, vas á responder á lo que te pregunte.—¿De dónde vienes?

—No lo sé, respondió el niño.

—Cómo es que no lo sabes?

—Me abandonaron esta tarde en la orilla del mar.

—Ah, ganapan! Cómo te llaman? ¿Eres tan malo que te abandonan tus padres?

—Yo no tengo padres.

—Piensa que soy un hombre sério y que no tolero que se me digan mentiras y que me refieran cuentos. Debes tener padres, ya que vienes con tu hermanita.

—Esa niña no es hermana mia.

—No es tu hermana!

—No.

—Pues qué es?

—Es una niña que me he encontrado.

—Te la has encontrado?

—Sí.

—Pero... tú la has recogido?

—Sí.

—Dónde? Si mientes te extermino!

—Sobre el pecho de una mujer que estaba muerta bajo la nieve.

—Cuándo?

—Hace una hora.

—Dónde?

—A una legua de aquí.

Los arcos frontales de Ursus se plegaron y adquirieron la forma aguda que caracteriza la emocion de las cejas de un filósofo.

—Una mujer muerta! ella es feliz! Hay que dejarla entre la nieve; allí está bien. En qué parte la encontraste?

—A la parte del mar.

—Pasaste el puente?

—Sí.

Ursus abrió la ventana de detrás y examinó el tiempo, que no habia mejorado. La nieve caia espesa y lúgubre. Cerró la ventana en seguida. Fué donde estaba el vidrio roto, tapó el agujero con un trapo, puso carbon en el hornillo, desplegó cuanto pudo sobre el cofre la piel de oso, cogió un libro grueso que habia en un rincon y le puso como cabecera á la niña para que le sirviese de almohada.

—Acuéstate á su lado, le dijo al niño.

Este obedeció y se extendió á lo largo al lado de la pequeña.

Ursus envolvió á los niños con la piel y se la enganchó á los piés. Alcanzó de una de las tablas y se ciñó alrededor del cuerpo una cintura de tela con un gran bolsillo, que contenia sin duda un estuche de cirugía y frascos de elixires.

Despues descolgó la linterna y la encendió. Era una linterna sorda, y al alumbrar dejó sumidos en la oscuridad á los niños.

Ursus entreabrió la puerta y dijo:

—Salgo; no tengas miedo, que vuelvo en seguida. Duerme.

Al bajar la estribera gritó:

—Homo!

Le respondió un tierno gruñido.

Ursus descendió con la linterna en la mano, subió la estribera y la puerta se cerró. Los niños quedaron solos.

Desde fuera la voz de Ursus preguntó:

—Niño, no duermes aun?

—No, respondió éste.

—Pues bien; si la pequeña llora dale la leche que queda.

Se oyó el ruido de una cadena que se suelta y el de los pasos de hombre confundidos con los del animal que se alejaban.

Algunos instantes despues los niños dormían profundamente.

Hacia no sé qué inefable mezcla de alientos la ignorancia, más que la castidad; era aquello una noche de boda celebrada antes de tener sexo. El niño y la niña, desnudos y uno junto al otro, tuvieron durante las horas del silencio la promiscuidad seráfica de la sombra; la cantidad posible de sueño á esa edad flotaba del uno al otro y había probablemente bajo sus pupilas cerradas algo de la luz de la estrella. Esas inocencias en semejantes tinieblas, tal pureza de semejantes abrazos, esas anticipaciones del cielo, solo son posibles en la niñez, y ninguna inmensidad se aproxima á esta grandeza de los pequeños. De todos los abismos, éste es el más profundo. La perpetuidad formidable del muerto encadenado fuera de la vida, el enorme encarnizamiento contra un náufrago, la vasta blancura de la nieve recubriendo formas enterradas, no son tan patéticos como dos bocas de niños que se rozan divinamente durante el sueño y cuyo encuentro no llega á ser un beso. Puede significar esponsales, quizás, quizás una catástrofe. Lo ignorado pesa sobre esta justaposición. Esto es halagador y ¿quién sabe si es espantoso? Se vé con el corazón conmovido. Los dos dormían apaciblemente, prestándose calor el uno al otro. La desnudez de los cuerpos entrelazados amalgamaba la virginidad de las almas; estaban allí los dos como dentro de un nido sobre el abismo.

VI.

El despertar.

El día empezó por ser siniestro, y una blancura triste penetró en la choza, la del alba helada. Esa palidez, que dá un bosquejo de realidad fúnebre á los objetos, no despertó á los niños, que dormían profundamente. La cabaña estaba caliente. Se oían alternar sus dos respiraciones como dos ondas tranquilas. Por fuera no rugía el huracán, y la claridad del crepúsculo tomaba lentamente posesión del horizonte. Las constelaciones se apagaban como velas sopladadas una detrás de otra; solo se resistían á desaparecer algunas estrellas grandes. El canto profundo del infinito salía del mar.

El fuego no se había apagado del todo. Los primeros albos de la mañana se convirtieron en completo amanecer.

El niño dormía menos que la niña, porque creyó sin duda que debía ser vigilante y guarda. Cuando un rayo, más fuerte que los otros, atravesó el vidrio, abrió los ojos. El sueño de la infancia lo termina el olvido. Quedó en un adormecimiento, sin saber dónde estaba; sin conocer lo que tenía tan cerca y sin hacer esfuerzos para acordarse; mirando al techo y componiendo un vago trabajo de imaginación del letrado Ursus, filósofo, que examinaba sin poderlo descifrar, porque no sabía leer.

El ruido de dar la vuelta una llave en una cerradura le hizo levantar la cabeza. Abrióse la puerta y la estribera bajó; sobre ella apareció Ursus, que entró con la linterna apagada. Al mismo tiempo cuatro patas escalaron lentamente la estribera; era Homo, que siguiendo á Ursus, entraba en su casa como éste.

El niño se despertó sobresaltado.

El lobo, que sin duda sentía el apetito matinal, enseñaba sus dientes, que eran muy blancos. Se paró á medio subir y puso las dos patas de delante en la choza y los dos codos apoyados en el dintel, como un predicador en el borde del púlpito. Olfateó desde lejos el cofre, que no tenía costumbre de ver habitado como ahora. El busto del lobo, encuadrado en la puerta, se dibujaba en negro sobre el fondo claro de la mañana. Se decidió al fin y entró.

El niño, al ver al lobo en la choza, salió de la piel de oso, se levantó y se colocó de pie delante de la pequeñuela, que continuaba dormida.

Ursus acababa de colgar la linterna del clavo del techo. Desabrochó silenciosamente con lentitud maquina su cintura, que encerraba el estuche, y la dejó sobre una de las tablas. Ni miraba ni veía: sus pupilas estaban vidriosas. Algo profundo agitaba su espíritu. Su pensamiento saltó al fin, como de ordinario, con una avenida de palabras.

—Decididamente es dichosa! ¡está muerta, completamente muerta! dijo, acurrucándose y poniendo carbon en el hornillo, removiendo la turba y gruñendo:

—Trabajo me costó encontrarla. La malicia desconocida la había ocultado bajo dos pies de nieve; sin el auxilio de Homo, que vé tan claro por la nariz como Cristóbal Colon por el talento, aun estaría allí, pateando en la avalancha y jugando al escondite con la muerta. Diógenes tomó la linterna para ir á buscar un hombre, y yo la tomé para

buscar una mujer; él encontró el sarcasmo y yo el duelo. Qué fría estaba! Su mano parecía una piedra. ¡Qué silencio había en aquellos ojos! ¡No se comprendió cómo haya quien se muera dejando un hijo! Vamos á estar muy incómodos los tres metidos en esta caja. Hé aquí cómo ya tengo familia: hijo é hija.

Mientras Ursus hablaba, Homo se había escurrido hasta cerca del hornillo. La mano de la pequeñuela dormida colgaba entre el hornillo y el cofre; el lobo se puso á lamer dicha mano, pero con tanta suavidad, que la niña no se despertó.

Ursus se volvió hácia él.

—Bien, Homo, muy bien, le dijo; yo seré su padre y tú serás su tío.

Despues volvió á dedicarse á su ocupación de filósofo, esto es, á arreglar el fuego sin interrumpir su aparte.

—Los adopto; no hay más que hablar; á Homo le parece bien.

Despues se puso en pié, y cambiando de tono, exclamó:

—Quisiera saber quién es responsable de aquella muerte; si son los hombres ó...

Su mirada se clavó como queriendo traspasar el techo de la choza, pero su boca preguntó:

—Eres tú?

Despues su frente se inclinó como abatida por un peso, y repuso:

—La noche es la que se tomó el trabajo de matar á esa mujer.

Al levantar la mirada se encontró con la del niño, que le estaba escuchando.

Ursus le preguntó bruscamente:

—Por qué te ríes?

—No me río.

Ursus sintió una sacudida, examinó al muchacho fija y silenciosamente y le dijo:

—Entonces eres horrible.

El interior de la choza estaba tan oscuro durante la noche, que Ursus aun no había podido ver bien la cara del niño; pero la luz clara del día la hizo aparecer tal como era.

Descansó las palmas de las manos sobre los dos hombros del muchacho, le examinó la cara con aflictiva atención y le preguntó:

—Pero es verdad que no te ríes?

—No me río, repitió el niño.

Ursus tembló de pies á cabeza.

—Pues yo digo que te ríes.

Despues, sacudiendo al muchacho con un apretón, que si no era de furor era de lástima, le interrogó violentamente:

—Quién te ha hecho eso?

—No sé lo que quereis decir, contestó el niño estupefacto.

—Desde cuándo te ríes de ese modo?

—Siempre he sido lo mismo.

Ursus se volvió hácia el cofre, diciendo á media voz:

—Yo creía que ya no se desfiguraba á estos infelices.

Tomó de la cabecera de la pequeñuela con suavidad el libro que la servía de almohada y murmuró:

—Vamos á ver lo que dice Conquest.

El libro era un infolio, encuadrado en pergamino blando. Le hojeó con el pulgar, y parándose en una página, abrió completamente el libro, dejándole sobre el hornillo, y leyó:

—“...De Denasatis.” Esto es.

—“Bucca fissa usque ad aures, genivivis desnudatis, nasoque murdridato, masca eris, et ridebis semper.”

—Esto, esto es.

Cerró el libro y lo arrojó sobre una de las tablas, murmurando:

—La profundización de esta aventura será dañosa. Ríe, niño, ríe.

La pequeñuela se despertó y dió un grito.

—Vamos, nodriza, dale el pecho, dijo Ursus.

La niña se incorporó. Ursus cogió la redoma, que estaba sobre el hornillo, y se la dió para que chupase.

En este momento apareció el sol en el horizonte. Sus rayos rojos se infiltraban por el vidrio y reflejaban en el semblante de la niña, que se volvía hácia él. Las niñas de los ojos de la pequeñuela, fijas en el sol, reflejaban como dos espejos su redondez purpurada; sus pupilas estaban inmóviles y sus párpados también.

—Calla, dijo Ursus, está ciega!